

en la encina y mora en el moral. La siente subir; se siente vivir esa gran vida igual y fuerte; entra en comunicación con la naturaleza, está en equilibrio con la creación. Y ¿qué hace? Trabaja. Trabaja como la misma creación, con el trabajo directo de Dios. Hace su flor y su fruto, fábula y moralidad, poesía y filosofía; poesía extraña compuesta de todos los sentidos que la naturaleza presenta al soñador, extraña filosofía que sale de las cosas para ir á los hombres.

La Fontaine, es un árbol más en el bosque: *el fabulero*.



III

VOLTAIRE



VOLTAIRE no es precisamente ni un gran poeta, ni un gran filósofo. Es un gran representante de todo.

Voltaire hizo en su tiempo las veces de todas las tribunas y de todas las prensas del nuestro. Fué el periodista, el abogado y el diputado perpetuo de su época. Su grandeza consiste en haber sido el almacén de ideas de todo un siglo.

Cada vez que un hombre está en condiciones de inteligencia tales que todos sus contemporáneos van á él como á un depósito, como á un manantial, los grandes y los pequeños, los príncipes y los descamisados, uno con su ánfora, el otro con su cántaro, otro con su marmita, todos con el cerebro que tienen, ese hombre es grande. Criticad, analizad, reprended, burlaos cuanto queráis, indignaos, declarad cosa turbia, mezclada é impura lo que le ha servido para llenar todos los jarros y vasos, todas esas cabezas, no importa, ese hombre es grande. Podréis tener razón contra él en los pormenores; pero á buen seguro que tiene razón contra vosotros en el conjunto.



IV

BEAUMARCHAIS



UNA de las cosas que más me encantan y sorprenden en Beaumarchais, es que su talento haya conservado tanta gracia haciendo ostentación de tan escaso pudor. Confieso que me agrada más por la gracia que por la falta de pudor, aunque ésta, mezclada á los primeros atrevimientos de una revolución que comenzaba, se parece, á veces, á la magistral y formidable desvergüenza del genio. Desde el punto de vista histórico, Beaumarchais es cínico como Mirabeau; desde el punto de vista literario, es cínico como Aristófanes.

Pero, lo repito, sea cual fuere el poder y hasta la belleza misma que hay en el descaro de Beaumarchais, prefiero su gracia. En otros términos, admiro á Figaro, pero amo á Susana.

Susana, ¡qué nombre tan espiritual! ¡qué nombre tan adecuado! ¡qué nombre tan bien elegido! He agradecido siempre, particularmente á Beaumarchais, la invención de ese nombre. Y empleo expresamente

la palabra *invención*. No se observa lo bastante que el poeta de genio es quien únicamente sabe sobreponer á sus creaciones nombres que se les parecen y que las expresan. Un nombre debe ser una figura. El poeta que ignora eso no sabe nada.

Susana, pues, Susana me agrada. Ved qué bien se descompone ese nombre. Tiene tres aspectos: Susana, Susanita, Susanilla.

Susana, es la hermosa con cuello de cisne y brazos desnudos, con dientes deslumbrantes, quizás niña, quizás mujer, no se sabe exactamente, algo hay en ella de dama joven, algo de querida, encantadora criatura que no ha pasado aún los umbrales de la vida, unas veces atrevida y otras tímida, que avergüenza á un conde y á quien avergüenza un paje. Susanita es la bonita picaronzuela que va, que viene, que sueña, que escucha, que espera, que alza la cabeza como el pájaro, que abre su pensamiento como la flor su cáliz, la novia su velo blanco, la ingenua llena de chispa, la inocente llena de curiosidad. Susanilla, es una buena chica, de mirada franca, de franca palabra, de hermosa frente insolente, de bella garganta descubierta, que no teme á un viejo, que no teme á un hombre, que ni siquiera teme á un adolescente, de humor tan alegre que se adivina que ha sufrido, y tan indiferente que se adivina que ha amado. Susanita no tiene amante, Susana tiene uno, Susanilla tiene dos. ¿Quién sabe? Quizás tres. Susanita suspira, Susana sonríe, Susanilla ríe á carcajadas. Susanita es encantadora, Susana es seductora, Susanilla es apetitosa. Susanita está cerca del ángel, Susanilla está muy cerca del diablo; Susana entre los dos.

¡Qué hermoso es todo eso! ¡qué bonito! ¡qué profundo! En aquella mujer hay tres mujeres y en esas tres mujeres está toda la mujer. Susana es más que un personaje, es una trilogía.

Cuando Beaumarchais el poeta necesita despertar, poner al vivo una de las tres ideas que están en su creación, emplea uno de esos tres nombres, y, según se la llama Susanita, Susana ó Susanilla, la hermosa muchacha que los espectadores están admirando se modifica en el instante mismo como bajo la influencia de la varilla de un mago, como bajo el efecto de un rayo de luz inesperado, y se le aparece con los colores que ha querido el poeta.*

Eso produce la buena elección de un nombre.



V

EL GENIO



STÁIS en el campo, llueve, hay que matar el tiempo, tomáis un libro, el primero que cae en vuestras manos, os ponéis á leer ese libro como leeríais el diario oficial de la prefectura (*provincia*), ó la hoja de anuncios del cantón, pensando en otra cosa, distraído, bostezando un poco. De pronto os sentís sobrecogido, vuestros pensamientos parece que no os pertenecen, que no son vuestros, vuestra distracción se ha disipado, y le sucede una absorción, casi una sujeción, no sois dueño de levantaros y de marcharos. Alguien os retiene. ¿Quién? Aquel libro.

Un libro es alguien. No os fiéis.

Un libro es un engranaje. Tened cuidado con esas líneas negras puestas sobre papel blanco; son fuerzas; se combinan, se componen, se descomponen, entran una en otra, giran unas sobre otras, se dividen, se atan, se unen, trabajan. Tal línea muerde, tal línea aprieta y prensa, tal otra arrastra, tal subyuga. Las ideas son como un sistema de ruedas. Os sentís atraído

por el libro. No os soltará hasta que haya dado cierto corte ó cierta forma á vuestro juicio. Algunas veces los lectores salen del libro completamente transformados. Homero y la Biblia producen esa clase de milagros. Los más orgullosos talentos, y los más agudos, y los más delicados, y los más sencillos, y los más grandes se hallan sometidos á esa influencia, á ese encanto. Shakespeare estaba embriagado, alucinado por Belleforest. La Fontaine iba diciendo por todas partes:—¿Habéis leído á Baruch? Corneille, más grande que Lucano, estaba fascinado por Lucano. Dante está maravillado del talento de Virgilio, que le era inferior.

Entre todos, los grandes libros son irresistibles. Puede uno no dejarse engañar por ellos, puede uno leer el Corán sin volverse musulmán, se pueden leer los Vedas sin convertirse en fakir, se puede leer á Zadig sin volverse volteriano, pero no es posible dejar de admirarlos. En eso consiste su fuerza. *Te saludo y te combato, porque eres rey*, decía un griego á Jerjes.

Se admira cerca de uno. La admiración de los mediocres caracteriza á los envidiosos. La admiración de los grandes poetas es distintivo de los grandes críticos. Para descubrir más allá de todos los horizontes las alturas absolutas, es preciso estar ya en una altura.

Esto que decimos es tan cierto que es imposible admirar una obra maestra sin experimentar al mismo tiempo cierta estimación propia. Se complace uno en comprenderlo. Hay en la admiración algo que fortifica, que dignifica y que engrandece la inteligencia. El entusiasmo es un cordial.

Comprender es acercarse. Abrir un hermoso libro, complacerse en él, engolfarse, perderse en su lectura, creerle, ¡qué alegría! Se experimentan todas las

sorpresas de lo inesperado en la verdad. Revelaciones de idealidad se suceden una tras otra.

Pero ¿en qué consiste, pues, lo bello?

No defináis, no discutáis, no raciocinéis, no cortéis un hilo en cuatro, no veáis vuestro propio enemigo á fuerza de vacilación, de falta de flexibilidad y de escrúpulo. ¿Qué hay más tonto que un pedante? ¡Seguid adelante vuestro camino, haceos cargo de que Dios es inagotable, decíos que el arte es ilimitado, decíos que la poesía no cabe en ningún arte poética, como el mar no cabe en un jarro, en una vasija ó en un ánfora; contentaos con ser un hombre honrado que tiene la grandeza de admirar, dejad que el poeta se apodere de vos, no disputéis la copa á la embriaguez, bebed, aceptad, sentid, comprended, ved, vivid, creced!

Relámpago de lo inmenso, algo que brilla y resplandece, siendo bruscamente sobrehumano, eso es el genio. Ciertos aletazos supremos. Tenéis el libro, lo estáis mirando, de pronto parece que la página se rasga de arriba abajo como el velo del templo. Por ese agujero aparece lo infinito. Basta una estrofa, basta un verso, basta una palabra. Se ha llegado á la cima. Todo está dicho. Leed el conde Ugolino, Francisca en el torbellino, Aquiles insultando á Agamenón, Prometeo encadenado, los Siete jefes frente á Tebas, Hamlet en el cementerio, Job en el estercolero. Cerrad el libro ahora. Meditad. Habréis visto las estrellas del cielo.

Hay ciertos hombres misteriosos que no pueden hacer menos que ser grandes. Los buenos tontos que forman la muchedumbre y el público pequeño, y que conviene no confundir con el pueblo, les quieren mal

casi por esa causa. Los enanos motejan al coloso. Si es grande, suya es la culpa. ¿Por qué ha de ser grande? Llamarse Miguel de Cervantes, Francisco Rabelais ó Pedro Corneille, no ser un escritorzuelo de tres al cuarto, existir aparte, echar toda esa sombra y ocupar todo ese puesto; que tal mandarín, que tal doctriinario famoso, gran personaje sin embargo, no os llegue á la cadera, ¿qué significa eso? No debe hacerse. Es insoportable.

¿Por qué son, en efecto, grandes esos hombres? Lo ignoran ellos mismos. El que los ha enviado, ese sí que lo sabe. Su estatura forma parte de su cargo.

Tienen en la niña del ojo alguna visión temible que llevan bajo las cejas. Han visto el Océano como Homero, el Cáucaso como Esquilo, el dolor como Job, Babilonia como Jeremías, Roma como Juvenal, el infierno como el Dante, el paraíso como Milton, el hombre como Shakespeare, á Pan como Lucrecio, á Jehová como Isaías. Ebrios de ensueños y de intuición, en su marcha casi inconsciente sobre las aguas del abismo, han pasado á través del rayo extraño de lo ideal, penetrando en él para siempre. Esa luz se desprende de sus rostros, sombríos, sin embargo, como todo cuanto está lleno de incógnito. Tienen en la faz un pálido sudor de luz. El alma les sale por los poros. ¿Qué alma? Dios.

Llenos como están de esa claridad divina, misioneros de la civilización por momentos, profetas del progreso, entreabren su corazón y difunden una vasta claridad humana. Esa claridad es palabra, porque el verbo es luz del día.—*¡Oh Dios, exclamaba Jerónimo en el desierto, os escucho tanto con los ojos como con los oídos!*—Una enseñanza, un consejo, un punto de apoyo moral, una esperanza, esos son sus dones, luego su costado manando sangre vuelve á á cerrarse, aquella herida que se ha vuelto boca y que

ha hablado aproxima sus labios, los cierra, y entra en el silencio, y lo que se abre entonces son sus alas.

Ni piedad, ni lágrimas. Deslumbramiento. Dejan tras sí á la humanidad. Ver los otros horizontes, profundizar esa aventura que llaman espacio, hacer una excursión por lo desconocido, ir á algún descubrimiento hacia el lado de lo ideal, eso es lo que les hace falta. Se ponen en marcha. ¿Qué les importa el azul del cielo? ¿Qué les importan las tinieblas? Se van, vuelven á las cosas terrenales su formidable espalda, desenvuelven bruscamente sus desmesuradas alas, se convierten en no sé qué monstruos, espectros quizás, quizás arcángeles, y se hunden en el infinito terrible, con un inmenso ruido de águilas que vuelan.

Luego reaparecen de pronto. Ya están aquí. Consuelan y sonríen. Son hombres.

Esas apariciones y desapariciones, esas marchas y esos regresos, esas ocultaciones bruscas y esas súbitas presencias deslumbradoras, el lector, absorbido, iluminado y cegado por el libro, las siente más que las ve. Está en poder de un poeta, posesión que inmuta y trastorna; tiene una conciencia vaga del enorme ir y venir de ese genio; le siente unas veces cerca, otras lejos; y esas alternativas, que le producen, á él simple lector, obscuridad y luz, se fijan en su espíritu con estas palabras:—No comprendo.—Comprendo.

Cuando Dante, saliendo del infierno, sube y entra en el paraíso, la frialdad que experimentan los lectores no es otra cosa más que el aumento de distancia entre el Dante y ellos. Es el cometa que se aleja. El calor disminuye. Dante está más alto, más hacia adelante, más al fondo, más lejos del hombre, más cerca de lo absoluto.

Schlegel, un día, considerando todos esos genios, hizo esta pregunta que en él no es más que un arran-

que de entusiasmo y que, en Fourier ó Saint-Simón, sería el grito de un sistema: — *¿Son verdaderamente hombres, estos hombres?*

Sí, son hombres; ahí está su miseria y su gloria. Tienen hambre y sed; dependen de la sangre, del clima, del temperamento, de la fiebre, de la mujer, del sufrimiento, del placer; tienen, como todos los hombres, inclinaciones, alientos irresistibles, caídas, sed insaciable, pasiones, asechanzas; tienen, como todos los hombres, la carne con sus enfermedades, y con sus atractivos, que son también enfermedades. Tienen su *bestia*.

La materia pesa sobre ellos, y ellos, á su vez, gravitan. Mientras que su espíritu gira al rededor de lo absoluto, su cuerpo gira al rededor de la necesidad, del apetito, de la falta. La carne tiene sus fantasías, sus instintos, sus avideces, sus pretensiones hacia el bienestar; es una especie de persona inferior que tira para sí, se ocupa en sus negocios desde su rincón, posee su yo aparte en la casa, provee á sus caprichos ó á sus necesidades, á veces como una ladrona, y confundiendo y sorprendiendo al espíritu, á quien arrebató lo que le pertenece. El alma de Corneille hace *Cinna*; la *bestia* en Corneille dedica *Cinna* al hacendista Montauron.

En algunos, sin quitarles por eso nada de su grandeza, la humanidad se confirma por la enfermedad. El rayo arcangélico está en el cerebro; la noche, la obscuridad brutal está en la retina. Homero es ciego, Milton es ciego. Camoens, tuerto, parece un insulto. Beethoven, sordo, es una ironía. Esopo, jorobado, parece á un Voltaire, de quien Dios hizo el espíritu, dejando á Frerón (1) el encargo de hacer el cuerpo. La enfermedad ó la deformidad dada á esos augustos

(1) Frerón, célebre crítico enemigo de Voltaire (1719-1776).

amados del pensamiento, produce el efecto de un contrapeso siniestro, de una compensación inconfesable allá arriba, de una concesión otorgada á los celos, de que parece que el Criador debe tener vergüenza. Quizás con una especie de triunfo envidioso mira la materia, desde el fondo de sus tinieblas, á Tirteo y á Byron cernerse como genios y cojear como hombres.